
FUERZAS ARMADAS



LIMPIA, PLIEGA Y SALTA SEGURO

La Compañía de Lanzamiento de la BRIPAC es responsable del ciclo de mantenimiento y la custodia de todos los paracaídas del Ejército de Tierra

«**S**IN novedad en el salto». Es la frase que se escucha dentro y fuera de una aeronave cada vez que finaliza un lanzamiento paracaidista, cuando todas las campanas se han abierto y las tropas han tomado tierra sin incidencias. Se debe, sin duda, a la pericia de los saltadores, pero también a un grupo de especialistas, alrededor de un centenar, paracaidistas como aquellos, pero que, en lugar de caer desde un avión o un helicóptero militar, trabajan con los pies en el suelo, desenredando, limpiando y plegando cordones, atalajes y paños de los paracaídas que utilizan sus compañeros. Son los miembros de la Compañía de Lanzamiento Paracaidista. Durante todo el ciclo de mantenimiento «cada gesto se ejecuta con cuatro ojos sobre cuatro manos, siempre con el referente de la responsabilidad», explica el teniente coronel Javier Escrig, jefe del Grupo Logístico VI de la

BRIPAC en la que se integra esta unidad. La compañía cuenta con cuatro secciones: de Apoyo al Lanzamiento, de Plegados y de Apoyo Logístico que comparten instalaciones en la base *Príncipe*, sede de la BRIPAC en Paracuellos del Jarama, y la de Cargas, ubicada en la base aérea de Torrejón de Ardoz.

PELOTÓN DE DESENREDO

«Trabajamos por binomios, dos personas por cada paracaídas. De esta forma facili-

tamos la revista, tanto de su atalaje como de la campana», señala el cabo Wladimir Moreno, que actúa como coordinador del pelotón de desenredo de la Sección de Apoyo al Lanzamiento, el primer eslabón de la cadena de mantenimiento. Sus componentes se encuentran trabajando desde primera hora de la mañana con 300 paracaídas de apertura en automático *TP-2Z*, abiertos el día anterior en un lanzamiento sobre Ayllón (Segovia). «Es un procedimiento muy laborioso», indica el teniente coronel Escrig, al que alguno de sus subordinados en la compañía califican de auténtico «encaje de bolillos, pero al revés». Con un extremo del paracaídas fijado a la pared, un militar lo mantiene extendido y elevado sobre el suelo en posición horizontal, mientras su compañero de binomio deshace la maraña que, en mayor o menor medida, forman las líneas de suspensión —cordones—, y de control —los mandos—. Si están muy enredados, son cuatro personas las que

Después de cada salto, los paracaídas se revisan y pliegan minuciosamente





El primer eslabón del ciclo de mantenimiento de un paracaídas es la sala de desenredo. Tras desenmarañar los cordones y los mandos, se procede a extender y revisar los paños de la campana para detectar posibles roturas o defectos en la tela.

intervienen. Durante esta operación se comprueba, además, si alguno de estos elementos está roto o en malas condiciones como consecuencia del salto o de la toma en tierra. Es en este caso, cuando el paracaídas ha de ser reparado en el taller antes de retomar de nuevo el proceso de mantenimiento.

«Una vez colocado correctamente el atalaje pasamos a la comprobación de la campana», comenta el cabo Moreno. El operario extiende y va pasando uno a uno los 24 paños que la componen para analizar de manera minuciosa los defectos o roturas que pueda presentar la tela, limpiándola, a la vez, de ramas, hojarasca, barro o cualquier otro tipo de residuo.

A continuación, los paracaídas que cayeron al agua o que se embadurnaron con barro, pasan por las pilas de lavado antes de ser colgados de la torre de secado, situada en un edificio de 15 metros de altura.

Allí, hasta 224 paracaídas agrupados por modelos, permanecen en penumbra, suspendidos del techo como estalactitas durante doce horas. Los que se han lavado se secan y, todos, se airean para eliminar la energía

electromagnética adquirida por las fricciones o roces al recogerlos en la zona de caída, evitando así posibles adherencias en la tela de las campanas. Junto al gris de los paracaídas de apertura en automático contrasta el blanco de las campanas de los de emergencia, que también cuel-

gan del techo a pesar de que, afortunadamente, no han sido utilizados. «No pueden permanecer plegados durante más de seis meses en el interior de la bolsa. Al abrirlos y extenderlos desaparecen las adherencias en la campana o en los cordones, producto también de la energía electromagnética acumulada durante ese tiempo», detalla el teniente coronel Escrig.



Tras la toma, el saltador recoge el paracaídas para su envío a la base *Príncipe*, donde se inicia el ciclo de mantenimiento.

SECCIÓN DE PLEGADOS

Secos, limpios y libres de cargas eléctricas los paracaídas pasan a la sala de plegados, donde tiene lugar la fase más delicada del ciclo de mantenimiento. Del buen hacer de los profesionales que trabajan en esta sección «depende la vida del saltador», afirma el Caballero Legionario Paracaidista (CLP) Israel Naranjo mientras extiende sobre una alargada tarima un paracaídas principal de apertura en automático. Naranjo es uno de los tres militares, junto al «cordones» y el jefe de mesa o de línea —todos personal de tropa, soldados y cabos—, que intervienen en este proceso bajo la atenta mirada de los supervisores —cabos primeros o mayores, sargentos y sargentos primeros—, que dan su visto bueno a cada paso antes de ejecutar el siguiente.

Los paracaídas se almacenan en condiciones idóneas de temperatura y humedad para su buena conservación

Sobre la mesa, el plegador procede a desenmarañar las líneas de suspensión, los cordones. De nuevo, la labor de «encaje de bolillos, pero al revés». Seguidamente, el supervisor comprueba la línea de cuatro, los mandos, para verificar que el paracaídas está desenredado. «A continuación, certifico que estas se mantienen unidas a los cordones», apunta el sargento Borges Bernabéu. Entonces el plegador comienza a examinar uno por uno los 24 paños de la campana por si aún existieran roturas o residuos, «aunque, en teoría, a esta sala deben llegar totalmente limpios», añade.

En opinión del soldado Naranjo, esta es «la fase más crítica» a la que se enfrenta en su trabajo diario. «Revisamos un millón de veces que no haya roturas o agujeros. La vida de un compañero depende de ello», insiste. El paso siguiente es colocar cada sector en el orden correcto, superpuestos de dos en dos, de manera longitudinal para conformar «el puro» e introducirlo en la bolsa, dobléz a dobléz, «sin que se formen burbujas de aire». A ello le ayuda su compañero, el «cordones», cuya función principal es precisamente «cordonear» el paracaídas. Es decir, «las líneas de suspensión han de quedar perfectamente alineadas y distribuidas en cuatro columnas de doce filas sujetas por 48 gomas», explica el CLP Manuel Salado. «Con ello se evita que un cordón gire, provocando una vuelta del saltador en el aire», indica el sargento Borges Bernabéu.

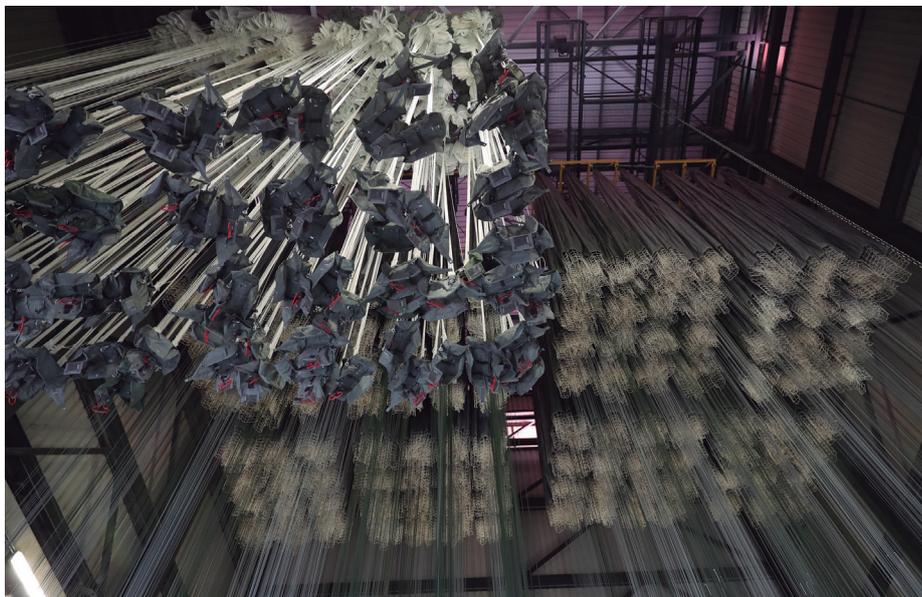
Plegada la campana y colocadas las líneas correctamente sobre ella, el «cordones» entrega al jefe de mesa la bolsa de despliegue para «acomodarla» con ligeros golpes con la palma de la mano o el puño una vez cerrado el paracaídas con las cuatro solapas que lo envuelven, explica la DLP Natalia Flores. «Después, coloco la cinta extractora amarilla del paracaídas y compruebo que las bandas del atalaje con las que el saltador se engancha van derechas», añade.

Antes de incorporarse a la unidad, el personal de tropa de esta sección ha de superar el curso de plegado del paracaídas de apertura en automático *TP-2Z*, de

cinco semanas, en la Escuela Militar de Paracaidismo *Méndez Parada*, en Alcantarilla (Murcia), y completado en la base *Príncipe* a lo largo de otras dos. «El último paracaídas que pliega el alumno durante su formación es el suyo, y salta con él para demostrarse a sí mismo el grado de responsabilidad que implica su trabajo cuando lo haga para sus compañeros», afirma el teniente coronel Escrig.

La DLP Flores ha realizado también el curso de plegador del *EPC-B*, el nue-

Una vez empaquetados, el supervisor interviene de nuevo para dar su visto bueno final. «Reviso los puntos críticos, como la colocación correcta de las gomas para que el paracaídas se abra sin retardo, de manera explosiva. También —añade el sargento Borges Bernabéu— compruebo el estado del mosquetón que une el saltador a la línea de vida, la cinta estática amarilla y el precinto que une las solapas, entre otros aspectos». Finalmente, estampaba su firma en el «DNI» de cada uno



Hasta 240 paracaídas, agrupados por modelos, se secan y airean en una torre de 15 metros de altura, donde permanecen suspendidos durante al menos doce horas en penumbra.

vo paracaídas de apertura en automático, de fabricación francesa y sustituto de los *TP-2Z*. Se estrenó recientemente, el pasado 11 de marzo, con un salto sobre Casas de Uceda (Guadalajara) desde un helicóptero *Chinook CH-47*. Este modelo, en servicio en varios países de la Alianza Atlántica, soporta un peso de hasta 180 kilos, 20 más que el actual, y a diferencia de este, permite tomar a favor del viento, una ventaja para el saltador. Además, el paracaídas de emergencia incorpora un cronobarométrico, dispositivo obligatorio para los saltos en manual que permite que el paracaídas se abra por sí solo si su portador no tira de la anilla.

de los *TP-2Z* que ha supervisado, junto a los nombres del plegador, el «cordones» y el jefe de mesa, para garantizar la plena trazabilidad de quién ha participado en el plegado.

En un *TP-2Z* este proceso puede prolongarse durante una hora, mientras que en los nuevos *EPC-B* es más corto, alrededor de 45 minutos. En este caso intervienen solo dos especialistas, en lugar de los tres que precisa el modelo español. Pero estos tiempos son relativos, «depende de la pericia y la experiencia del plegador», apunta el teniente coronel Escrig. Como señala el jefe de la compañía, capitán Alberto Beriguistáin, «el número de paracaídas que

pueden plegarse al día es el resultado de la suma de tres factores: cantidad, calidad y, sobre todo, seguridad. Si el resultado de la ecuación es 15, serán 15 al día. Si es 13, serán 13... Nunca plegaremos más con menor seguridad», subraya.

Los principales y de reserva de los TP-2Z los pliegan paracaidistas expertos, procedentes de las distintas unidades que componen la BRIPAC. Son especialistas que se dedican solo a esta labor. Respecto a los de apertura manual, es el propio saltador quien pliega el principal, mientras que el de emergencia es trabajo de un plegador avanzado. «Disponemos de cinco expertos que han demostrado su valía y fiabilidad destinados desde hace años en la unidad», destaca el teniente coronel Escrig. Son los «cinturón negro del plegado», recalca. Uno de ellos es el CLP Fer-

La unidad custodia también los paracaídas de la Armada y de la Policía Nacional

nando Ocaña, diez años integrado en la compañía, los tres últimos como plegador avanzado. «Todo es crítico en este trabajo», afirma mientras, de rodillas en el suelo, cierra uno de los 250 paracaídas de reserva de apertura manual de distinta tipología —tácticos, deportivos, de competición, tándem...— de que dispone la BRIPAC.

Una vez plegados, los paracaídas se trasladan hasta al almacén, donde permanecen en idóneas condiciones de conservación, a una temperatura ambiente de alrededor de 27 grados y un 23 por 100 de humedad, listos para un nuevo salto. Este procedimiento es el que se sigue no solo con los paracaídas del Ejército de Tierra —la BRIPAC, el Mando de Operaciones Especiales y de la Escuela Militar de Montaña y de Operaciones Especiales—, sino también con los de la Fuerza de Guerra Naval Especial de la Armada y del Grupo Especial de Operaciones (GEO) de la Policía Nacional.

CUARTO ESCALÓN

La Compañía de Lanzamiento Paracaidista «es una unidad única dentro del Ejército, de las Fuerzas Armadas e, incluso,



Los especialistas extienden los paracaídas principales de los TP-2Z y EPC-B conformando el «puro» para introducir la campana en la bolsa de despliegue, alinear sobre esta los cordones y, ya cerrada, comprobar el atalaje que le une al saltador.



En el taller de reparación de material de paracaidismo trabajan ocho técnicos superiores en Patronaje y Moda, dos hombres y seis mujeres, especializados en el arreglo de las campanas, además del diseño y fabricación de arneses auxiliares, bandas, mochilas o fundas de armamento, entre otros elementos.

a nivel internacional», opina el teniente coronel Escrig. No solo por su sección de plegado, sino también por su Taller de Reparación de Material de Paracaidismo, de nivel hasta cuarto escalón, adscrito a la Sección de Apoyo Logístico, donde, además, se fabrica prácticamente todo lo relacionado con la «guarnicionería paracaidista», desde arneses auxiliares, bandas, mochilas o fundas de armamento, hasta una amplia gama de atalajes para lanzar cualquier tipo de elemento asociado al equipo de combate del paracaidista. «Por ejemplo, el que se utiliza en los lanzamientos en tándem. Aquí diseñamos y fabricamos el empleado en el primer salto de un perro y su guía, porque, sencillamente, hasta entonces no existía», destaca Fernando Llave. Con 32 años de servicio en el taller, es el más veterano

de los ocho civiles –seis mujeres y dos hombres– que trabajan en el taller. Son técnicos superiores en Patronaje y Moda, especializados en el manejo de máquinas de coser, de remayar, perforadoras de bandas o bordadoras.



La sección de Apoyo Logístico se encarga del mantenimiento de los equipos de suministro de oxígeno utilizados en los saltos HALO-HAHO.

El mantenimiento del material asociado al paracaidismo también incluye los elementos de suministro de oxígeno colectivo, las botellas y las máscaras que los saltadores utilizan en los lanzamientos HALO-HAHO, gran altitud a baja y alta apertura, respectivamente.

Es una más de las tareas de esta unidad, «gente muy experta y con mucha responsabilidad a sus espaldas. Civiles y militares, suboficiales y personal de tropa, sobre todo», reivindica el teniente coronel Javier Escrig, poniendo en valor el trabajo que realizan entre bambalinas, con los pies en el suelo, los poco más de 100 componentes de la Compañía de Lanzamiento Paracaidista para que sus compañeros de la BRIPAC salten seguros.

J.L. Expósito
Fotos: Pepe Díaz